

Maracaibo, todos los días de julio de 1978.

Señor

Emerio Darío Lumar

Cabimas.

Las poquitas veces que yo me he dirigido a mis enemigos siempre han estado de por medio las artes plásticas, pues les he dicho: te escribo esta carta porque no te puedo ver ni en pintura. Ahora, cuando te estoy escribiendo a vos, se me requiere, se me exige que te vea en pintura y te cuente en óleo y caballete y pinceles y fresco y aguadas, y te describa y deduzca en color y espacio, en examen de personajes y ambientes. Mas en mí no hay sino un yo de péndulo y balanza quemando incienso al pie del monumento. Como dice Rafael Cadenas:

"Tengo ojos / no puntos de vista".

Llego a los días asaltando la casa, zambulléndome en ella, poniéndola patas arriba, oyéndola en música de cumpleaños de muerte de Felipe Perla y oliéndola en los pachuli de aromas de cocina y sábumos de santos de repisa destapados los jueves por la señora Dorca, mi vecina anciana. También la hierven en las sábanas, los cubrecamas y las medias; la llueve julio y la vacaciona agosto, la origan las hablachenterías, la profundizan de sentimientos para con el vecino, con un hijo con sarampión o con la "Travolta", que no es otra que la antigua gripe española con un nuevo nombre de turno, todavía sin erradicar en estas calles, ciudades no calles, países de azúcar todo el tiempo, universos files primero, mundos originales primero, con nivel todavía de decoro y patina de dignidad.

Desde entonces una furia me ha estado persiguiendo, negándome, poniéndome manos arriba: señales y soplos de un compromiso adquirido sondean mi capacidad de respuesta, mi capacidad de solidaridad, mi capacidad de expresión libre y expresión crítica. Lo obtuve del testigo de las manos del poeta Juan Calzadilla y hasta hoy me percató de sus trampas: el accidente gramatical está equivocado, la persona que habla no es la más importante sino la de quien se habla o a quien se habla. Nunca debí aceptar el compromiso. Filisberto Cuevas me lo hace más engorroso mirándome sarcásticamente a través de un perro eterno, flacuchento y rabioso, quindando en la pared para interrumpir la escritura. Conociéndome como me conozco, y que en estos casos se me va la mano de las confidencialidades y el sentimentalismo, debí huir de él. Sin embargo, lo siento estar en la casa y ascender con él en una garantía de hermandad, pero todavía no logro agarrar su hilo o embrión. Me tiene y no me tiene, mas está creciendo de mí en sustancias prohibidas. Son afinidades perdidas irremediabilmente en la poca salud de la distancia de las ideas. Con medio conocer a Lunar, escribir por él, para él, sobre él y con él, es ir fatalmente contra él; incluso si él mismo lo hiciera, fuera contrar su propia seguridad y existencia, y no es para menos cuando él dice, sin que le quede nada por dentro: "El mundo lo invento yo".

Porque el artista que es Lunar también es el hombre Lunar, y es la casa y la Calimas también Lunar; en su meridiano febril por pintar y pintar y pintar, todo es hoy o nunca, aunque tenga esa piel lisa de siglos y hojalata de bigarria y telarañas en las penumbras. Característica noble y desesperada de lo marginal popular. Cicerone de una metrópoli "internacional" de cartón de cajas de televisores y planchas de zinc, Lunar pinta, atinada e irónicamente, los personajes que él cree deberían ser los únicos, propios y auténticos para un Imperio de pacotilla ramificado en la historia de un "Chorro".

Le tira al blanco al sol de aceite y gasolina siempre encendido, y le pega al blanco al sol de aceite y gasolina siempre encendido.

Sarcásticamente aconteciendo, no hay sino estos personones (no personajes) para la Cabimas del Rojo apagador del Fuego y para la Cabimas del poeta cachimbero Narciso Lerogo. Como ve una Cabimas que nunca pudo ser, inventa la Cabimas posible, y la Cabimas posible tendrá en su seno ruinas, y esas ruinas tendrán en su seno personas enfermas de grandeza, igualmente grandes en la decencia religiosa y el vestir fantasioso y elegante...

Lunar, a mí no me vais a engañar, a mí no me vais a engatusar: conozco por dónde venís, sé cual es lo tuyo: inventar juegos con personas vivas o muertas, o sin haber nacido, pero siempre inventando juegos y juegos, con uno inventar otro, con otro inventar otro y otro y otro. Darles carta blanca a ellos y correr a esconderte dentro de tu pellejo a reírte solo. ¡Decime que no! Lunar, cuántos de nosotros, inocentes visitantes a tu museo, habrán servido de modelo anatómico y antropológico, en contra de sus voluntades... y mientras se ponen la mano en la barbilla, a punto de exhibir una inteligencia aguda, vos los miráis con el rabo el ojo, en frío, y eso basta para dejarlos petrificados, colgando vivos en las paredes de tu casa, y ellos se compran para adornarse en sus perfumadas alcobas, sin saber que se han comprado ellas mismas. A tu versión de ellos, ellos la llaman "cuadro tan bonito". Mientras tus cuadros viajan y son mostrados, analizados y desmenuzados como obras "raras", piezas "curiosas" de una zona escondida y deplorable, vos jugáis, jugáis, jugáis: los habéis dado, regalo irónico, a un país antiguo, no existente, pero que vos inventaste para poder darles sitio y dirección terrenales. Ahora no se llaman "La dama de la sombrilla" ni "La mujer del sombrero blanco", ni "Retrato de caballero" sino "partes", pedazo correspondiente a otro pedazo, a quienes les vais asignando la catarsis

adecuada de acuerdo con cuanto vayan preguntando, investigando, husmeando, oliendo, oyendo, destilando sus vahidos de saludos, abrazos, besos, elogios, matices, muecas, risas, después de llegar a tu puerta y empezar a tocar el timbre y vos asomarte por la ventana para decirles: "No toquen el timbre porque esta casa no tiene timbre". Q, quien te visitó el sábado por la noche, subido en una lujosa nave, con sandalias y espejuelas ahumadas y la proposición de una jugosa compra, sale marcado con un pájaro revoloteador, una tintojea quizás, de esas voladoras por los cabezotes de los balancines. Tintojea y no tarántula, tintojea y no mosca, tal es tu medidor de alma: puede que mañana sea más bien una rata.

Pero en ese correr a tu pellejo a reírte solo y a divertírte, los personones se hacen importantes para las opiniones ciudadinas medidas en el fenómeno petrocultural, únicamente porque van vestidos de limpio y decencia, analizan, estudian y juggan un ropaje, una apariencia muy transitoria. Ahí, precisamente ahí, comienza tu "vivir piel adentro" y, por supuesto, la amenaza no a tu humanidad sino a tu humanismo: tu ocio creador:

"En el espejo donde te miras / no hay nadie".

Los artistas de piel adentro han decidido por fin ser todas respuestas cáusticas, sorpresivas ácidas corrosivos poco analigables y poco analizados en los laboratorios y los tubos de ensayo. Su arma, antes que secreta y misteriosa (como se la imaginan), es profundamente diáfana y sutil. Emerio Darío Lunar es "jefe de razas" de generaciones de surrealistas, sin haber quemado incienso a los pies de la estatua del pontífice de esa estrella. Y es "jefe de razas" hacia afuera, permitido por la trascendencia del sempiterno regreso hacia los "demás" mientras regresa y regresa y regresa a sí mismo.

L

unar, traté de decírtelo en la primera parte: no te puedo escribir sin hacer morisquetas: otros lo hacen detalladamente, bellamente, inteligentemente, pero esto es otra cosa. Como te habéis podido dar cuenta, no he adelantado nada con respecto a aclarar o deducir un cuadro tuyo. Por los momentos, no sé cuál es la falla y no interesa ni me intereso en buscarla. Prefiero aprender en esta carta a no ser objetivo ni reflexivo. El cuadro llamado *Fulano, Zutano, Mengano*, deberán producir emanaciones y respiración de ráfagas para con mi magnetismo, novelista y pintor en asociación de ideas barrocas metamorfoscadas en personones de muchas puntos de vista. ¿Por qué me gusta mucho a mí una canción cantada por Edith Piaf si no conozco el idioma en que la canta? No conozco el francés o el alemán, pero conozco el "idioma" de la canción. Y la entonación de esa mujer y la evocación y la melodía y las pausas sombrías de tristeza y la poesía de la nêmesis de una anciana crítica a la conquista de un adonis con la melodía a flor de labios, ¿no son acaso un cuerpo sólido de la interpretación de un propósito-mensaje? El cuadro "La mujer del sombrero blanco", a partir del título, para mí será insípido y tonto, pero a partir de quien está metido ahí con una expresión avinagrada o biliaria, va contando sarcásticamente, por sí solo, el escenario contador, no el escenario para contar un artista, descargándose a partir de su propia tragedia. Algunos Lunar puede que cuenten a partir de él y su personalidad, pero éste me va comprometiendo con una dama joven críticamente fracasada y cansada. Te repito, esto es otra cosa, peliaguada por cierto. El artista Ender Cepeda me dijo que se

parecía a mi última novela: "Si muero en la carretera no me pongan flores". No estoy seguro ahora. Me he dado voluntariamente unos días para continuarlo o no. En estos casos la sociología y la crítica de la pintura ofrecen mayores garantías, pero yo no tengo deseos de acudir a fuentes, documentación u orientación. Cuanto quiero es trabajar con cuanto tengo, aunque sea sólo a partir de una conversación que tuvimos en Cabimas, cuando nos presentamos por segunda o cuarta vez, o la mil veces, tan antigua y tan lugares comunes que a lo mejor es mentira: no existió nunca nosotros llegando y entrando a tu casa y diciéndote en la hamaca donde te meciás vestido con una camisa de cuello duro, mangas largas, corbata negra y mancuernas: "Yo soy César Chirinos, mucho gusto", y ves contestando: "Yo soy Emerio Darío Lunar, el gusto es mío". No nos pusimos a pelear a quién le correspondía el gusto en definitiva, saltaste de la hamaca y la conversación fluyó solita y ambigua. Salimos a la acera. Cabimas estaba con nubarrones. Parece que va a llover, dijiste. Te empujaste, estiraste el brazo de una de las mancuernas, sacaste el dedo de las direcciones de la manga y dijiste: "Por esas trillas, al terminar la carretera, se va a donde vive Vargas; cómprale los gallos y gallinas que vinieron a comprar y regresen a comer, ya el café está hirviendo; por ahí tengo madurando en unas cajas unas aguacates que me trajeron de Las Cuarenta." ¿Y si eso fuera lo buscado, "no la búsqueda"? Sí, cómo no me había dado cuenta! Conversar de la mujer, del sexo, de la embriaguez, de la astrología, de la iluminación, de la reencarnación (¿Hernández?), del más allá, de los yo empozados en los sueños.

Me requirieron donde yo no soy producción caudalosa, sostenida y ascendente, y fijate que digo bien: no digo "me exigen" porque exigir es una necesidad indispensable y requerir una necesidad de conveniencia. Así, insisten para que vaya a tu casa o a tu cueva, o a

tu refugio, o a tu infierno, o a tu paraíso, o a tu purgatorio, o a tu nada, o, aunque sea, a Cabiñas. No los comprendo, me quieren hacer una escritura difícil y te quieren hacer un artista complicado, cuando es tan sencillo escribir una carta, desbordarse el hombre en confidencialidades en el momento de ser impresionado con un retrato asociado a un modelo de medio de características muy definidas. No, no, no quiero revivir pasados, desenterrar imágenes transparentadas en el velo tenue del polvo de las senderas áridas conducentes al Dorado de la cibernética. "Señor, señor, señor, por favor, ¡cuidado con esa guaya! ¿No la está viendo arriba de su cabeza, Señorcoor?"

Arrímese, por favor, van a entrar las gandolas a descargar en las patios del muelle. ¿Qué desea? Desde hace meses lo veo vagando por estas predios, ¿busca trabajo? Vaya con el capataz a mantenimiento. Su atención, por favor, pongan mucha atención. Se les participa a aquellas obreros en espera de reporte que ha sido suficiente por el día de hoy. Vuelvan mañana. "Mañana no: siempre, siempre, a seguir caminando, caminando, caminando: la capotera terciada en la espalda amarrada con curricán, comiendo cecina cruda con arepa pelada y papelón hasta encontrar La Rosa Vieja, es fácil, fácil, fácil porque chilla de fuego en el aire y todo el mundo corre detrás de ese fuego que no se apaga nunca que no se alcanza nunca.

¿Por qué no nos aconsejan desde un sentido animal o desde el telúrico?

Sería conveniente y saludable hacer un censo de en manos de quién están esos sentidos y para qué los usan, y especialmente en manos de quién están los "vivir piel adentro", para desmitificar la realización de un artista que al mismo tiempo sería una realización nacional, una identidad, aunque sea una pieza que no cuadra o entra forzada en el rompecabezas de un medio de rechazo. Hasta hoy no se conocen "casos" de un "vivir piel adentro" venezolano que no haya

sido un aporte, soporte sólido de una identidad nacional. Han sido la Memoria: en alguna u otra forma han regresado (no todo, por supuesto) parte de cuanto se le ha robado y se le roba al patrimonio del hombre y la historia venezolanas. Armando Kolero fue en Maracaibo, hasta hace pocas años, el cantante siempre "dando la hora". La frase "dando la hora" es exclusiva, desde tiempo inmemorial, del estar de moda, ser único y el mejor. Pero, para quienes oímos a Armando cuando niños, la frase fue de solidaridad, respeto y honradez, de verticalidad local. Son la una y media (decían nuestros padres y nuestros hogares) porque ya está cantando Armando Kolero, víyanse vistiendo, es la hora de la escuela. ¿Y pudo haber en El Saladillo y El Empedrado mejor reloj, no de "arena", sino de piedra angular, la tierra, el cielo, el lago donde uno nació?

Quedamos entonces en que la realización personal es una identidad nacional en una dimensión: la de la realización de la obra sin más presupuesto que la pasión y el desprendimiento, una obra ascendentemente sostenida contra todo pronóstico, contra toda superchería, contra toda ambigüedad. Pero a esa "identidad" se la ve como una lepra contagiosa y dañina porque sus actividades se realizan a expensas de retazos, de supersticiones, de recuerdos celosamente guardados en baides con alcanforina, de sueños modestos y torcidos, de miedos religiosos, de músicas nostálgicas heredadas de mestizajes y abuelos, de murmurallas en el alfite o el trapiche para que no se despierte el amo o el capataz, ambos de la misma raza del murmurador; de quejidos sueltos pero hondos y retorcidos como dolores, de olores fijos y sabores fijos y vistazos fijos, de leyendas sencillas y ritos sencillos, de anécdotas banales y temporales, de cursilerías timoratas de esquina, de cosas que nadie dice porque las tiene olvidadas.

Esta "identidad" es una escuela severa del escurrimiento, el

prohibido prohibir, el orden secreto y fiel del desorden ambulante, la indumentaria estrofalaria, la palabra "vulgar" y las prendas sui generis, las oraciones sucias de queso rayado en el portillo, el miedo a decir burro con v "pequeña", la carcajada de barriga y no labiodental, en contra de la carcajada del yoga. Alejado de las grandes masas culturales urbanas de una élite megalómana, es alérgico a las señales de tránsito, la luz de neón, los espectáculos nocturnos matizados con algodón de azúcar y chicle bomba de la videoidiotización; los uniformes de la seguridad pública, los comentarios turbios y pueriles canalizados al Parlamento venezolano.

*L*unar te he seguido escribiendo. Debería escribirle (por hermandad) una carta también a Filisberto. Quedo pendiente con ese compromiso. Después lo sabré. Ahora la he cogido con los viajes, las afinidades, las debilidades del corazón, los destellos contagiosos, los recuerdos, accidentalidad de las emociones equivalentes.

César Chirinos